

Goldemberg y don Jacobo Lerner

Por José B. ADOLPH

Hay dos maneras de discriminar a los judíos (o a cualquier otro grupo humano): la primera consiste en proclamar que son peores que los demás. La segunda, que son mejores. En ambos casos, se les convierte en Otros, en algo especial y diferente que simplemente no somos: son.

Esto es algo que Isaac Goldemberg no hace en su estupenda novela, "La Vida a Plazos de don Jacobo Lerner", que, por primera vez — hasta donde yo sé — incorpora literariamente a los judíos peruanos al mosaico nacional. Lo que otros autores, con mayor o menor suerte, han hecho por los selvícolas, por los afroperuanos o por los campesinos — en lo étnico o en lo social —, Goldemberg lo hace por este singular grupo. No lo encumbra ni lo denigra: muestra virtudes, defectos, tragedias, comedias y tragicomedias, y de ello surge, a mi juicio, una noticia. La noticia de que también los judíos son parte del Perú, y desde sus comienzos.

Conozco a Goldemberg, aunque desconozco los detalles más hondos de su biografía, más allá del "nació en...". Pero no dudo de que, judío o medio judío él mismo, peruanísimo, provinciano (Chepén), lleva consigo adonde va las historias que, debidamente ficcionalizadas, reconstruye con humor, ironía y profunda piedad (casi escribo "cristiana"). Goldemberg ama-odia a Jacobo, a Moisés, a Sara, a León y, muy especialmente, a Efraín, el hijo ilegítimo de Jacobo y una chica cristiana. Son todos seres pequeños, como el

hombre pequeño de Hans Fallada, sacudidos por el presente y por el pasado, de pie ante un incierto y quizás pavoroso futuro.

Cuando, algunos meses atrás, se publicaron algunos trozos de la novela aquí, se produjo un intercambio polémico a su alrededor. Hubo acusaciones de antisemitismo. Discrepando totalmente de esas acusaciones, sin embargo las comprendo. Proviene, así lo entiendo, de algunos representantes de la generación que sufrió, directa o al menos contemporáneamente, los horrores del más gigantesco y tecnicificado pogrom de la historia, aquel que asesinó a seis millones de judíos en Europa entre 1939 y 1945. Que esa generación sea espantosamente susceptible, es comprensible, y no seré yo quien les niegue el derecho a la preocupación. Pero pienso, con todo respeto, que en determinados casos esa susceptibilidad puede ser, involuntaria y trágicamente, contraproducente. Si los judíos fuesen ángeles, el crimen de Hitler acabaría por disculparse: los demás no lo somos. Al hacer de los judíos peruanos personajes reales, capaces de demostrar que la huachafaría también puede funcionar en yiddish, y que el desfallo o la inconsecuencia no se detienen ni ante la puerta de la sinagoga — como no se detienen ante la de la iglesia —, Goldemberg los convierte, finalmente, en hermanos que comparten nuestras imperfecciones. Por lo demás, el error del enloquecido León Mitrani — que

confunde a soldados peruanos con alemanes invasores de Chepén —, y que nada tiene, en el fondo, de gracioso, es la mejor ilustración de lo que, ante este libro, ha sucedido en la mente todavía agobiada de quienes lo acusaron de antisemita.

Con relatos en primera persona, recortes de una mítica revista llamada "Alma Hebrea", y una suerte de crónica social de la colonia en los años veinte y treinta, Goldemberg construye y reconstruye un heroísmo callado: el de hombres y mujeres que llegan a una Costa extraña y comienzan a fabricarse una vida, dura pero más o menos libre, en tierra americana. Recorren ciudades y pueblos, al principio como vendedores ambulantes (resulta extraño y fascinante leer que, por entonces, los ambulantes del Parque Universitario eran judíos), luego como tenderos. Y tratando, casi desesperadamente, de diversificar su actividad económica para no seguir siendo considerados un pueblo de mercaderes. Vienen dispuestos a amar al Perú y a superar esa extraña dicotomía, inclusive previa al Estado de Israel, de no ser sólo una religión — "muchos de nosotros somos hasta enemigos de la religión" (judía) —, sino también una nacionalidad, etnia o raza, pero al mismo tiempo: "¡Naturalícese peruano, correligionario!".

Enfrentados a una hostilidad basada en el absurdo (los deicidas), o en la competen-

cia, o, sencillamente, en la desconfianza ante lo extraño, los Lerner, Rotstein, Bronstein o como se llamaran, se aferran con angustia a la judeidad como una manera de conservar su identidad, de no perderse en el mayoritario maremágnum que amenaza absorberlos. Sólo la persistente ausencia de antisemitismo, y los matrimonios mixtos — aquí y en todas partes — pueden "ablandarlos", para terror del conservadurismo hebrero que, como dice alguien por ahí, parece más interesado en la judeidad que en los judíos. Pero esta es otra, compleja y a veces dura polémica, a la cual no es ajeno el sionismo y su permanente lucha — a menudo contradictoria — con las tendencias asimilacionistas. Goldemberg, que ha escrito una novela y no un ensayo, no tiene por qué presentar tesis; más aún, siempre es peligroso hacer tal cosa y mezclarla con la ficción, inclusive cuando se trata de una ficción tan evidentemente cercana a la realidad polémica que describe.

Yo quiero mucho a don Jacobo Lerner, a las "damas israelitas" que se envidian los abrigos de pieles, al canallita Moisés Lerner, al taxista Geller (¡un judío pobre!), al maravilloso Samuel Edelman: Quisiera creer que don Jacobo no ha muerto, que sus amantes cristianas lo recontrarán en el cielo pluralista judeo-cristiano y que todos los que tenemos ascendencia judía — que somos más de lo que muchos creen o quieren creer en el Perú —, así como los que no, lean este libro de Goldemberg entre sonrisas y lágrimas, como lo leí yo.